

Después, una partida de especuladores brutales, con el consentimiento de un vecindario que albergaba ridículas pretensiones de grandeza urbana, la han convertido en un indescriptible conglomerado de edificios de seis o siete plantas que reúnen en su desgraciado diseño todos los datos negativos que puede tener la peor arquitectura derivada del racionalismo: pobreza imaginativa, intrínseca fealdad de las formas dentro del más puro estilo hortera, angostos espacios habitables y una elevación que, teniendo en cuenta la anchura de las calles, convierte a éstas en agobiantes túneles donde el ciudadano no encuentra ni un sólo detalle donde pueda recrear la mirada con deleite.

Han desaparecido todos los árboles, hasta tal punto que arterias del relieve de la calle Alarcos, Toledo o Calatrava, unen a su general condición espantosa, una desnudez vegetal tan apabullante que permite pensar con cierto asombro qué clase de cabezas pensantes tenían las personas rectoras que hicieron posible tal desastre. Se deduce enseguida que no eran cabezas pensantes, sino, como se ha dicho, tan sólo una banda de especuladores absolutamente igno-

misa, Velasco desvela y anticipa ya de antemano, al señalar “una ciudad maltratada, inerte y átona, manejada por intereses particulares sin demasiados escrúpulos y donde el miedo a la denuncia y cierta querencia por eludir la crítica son el pan nuestro de cada día”. Es decir, la foto fija del Boceto para una memoria sobre el estado cultural de Ciudad Real, realiza ya un diagnóstico del presente, aunque no precise ni sus orígenes ni las posibilidades del cambio cultural en el futuro.

Esos ojos abiertos o cerrados ya, pronon-



Imagen: Grupo TEAV, 1977, Madrid. A la derecha, Nino Velasco.